

Do con segunda autoridad venia
Por general del sumo quinto Pio
Marco Antonio Colona, á quien seguia
Una escuadra de mozos de gran brio:
Tras la cual al socorro arremetia
Por el camino y paso mas vacío
La patrona de España y capitana,
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso,
Que iba en la capitana Ginovesa,
Hendiendo el mar revuelto y espumoso
Se arroja en medio de la escuadra apriesa:
La confusion y revolver furioso
Y del humo la negra nube espesa
La codiciosa vista me impedía,
Y así á muchos allí desconocía.

Mons de Lefí con su galera presto
Por su parte embistió y cerró el camino,
Donde llegó de los primeros puesto
El valeroso príncipe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapuesto
Con ánimo y esfuerzo peregrino
Gallarda y singular prueba hacia
De su valor, virtud y valentía.

Luego con igual impetu y denuedo
Llegan unas con otras á abordarse,
Cerrándose tan juntas, que á pié quedo
Pueden con las espadas golpearse;
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente, deseosa
De ejecutar sus golpes se juntaban,
Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban:
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban;
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego,
Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego:
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte, ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario
Era en medio del salto atravesado;
Quién por herir sin tiempo al adversario
Caía en el mar de su furor llevado;
Quién con bestial desinio temerario
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba,
Y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase, viendo
El fin del mundo y la total ruína,
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol los claros rayos recogiendo
Con faz turbada, de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondía,
Por no ver el destrozo de aquel día.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
Sobre el rodante carro presuroso
De Tesifon y Aleto acompañado
Discurre el fiero Marte sanguinoso:
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién faltándole tiros luego afierra
Del pedazo del remo ó de la antena;
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena,
No hay cosa de metal, de leño y tierra,
Que allí para tirar no fuese buena,
Rotos bancos, postizas, batallolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban,
Aunque del duro acero resurtiesen,
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen;
Y ardiendo en la agua fria peleaban
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles su propia sangre resolviendo
Andan agonizando sobreaguados;
Cuáles tablas y gúmenas asiendo
Quedan rindiendo el alma enclavijados;
Cuáles hacer mas daño no pudiendo,
A los menos heridos abrazados,
Se dejan ir al fondo forcejando
Contentos de morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y son horrendo:
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitran, y resina, y pez ardiendo;
La presta llama con la brea revuelta
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas
Creciendo amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse
Del crudo hierro y llamas perseguidos,
Otros que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos:
Así que, con la gana de escaparse
A cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos ya con la muerte porfiando
Su opinion aun muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian;
Y en las huidoras olas estribando
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido
Del contino batir apresurado;
El mar de todas partes rebatido
Hierva y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado, y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa
Las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte
El inclito don Juan resplandecía,
Mas encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envía,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda
Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro mas lo necesita;
Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Insta, da priesa, induce, y solicita
A la diestra, siniestra, á popa, á proa
Ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Priego, don Fernando,
Diligente, solícito y cuidadoso,
Acude á todas partes remediando
Lo de menos remedio y mas dudoso:
Así pues el cristiano y turco bando
Cada cual inquiriendo un fin honroso,
Procuraban matando, como digo,
Morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa,
Que el fin y día postrero parecia;
De los tiros la recia lluvia espesa
El aire claro y rojo mar cubria:
Crece la rabia, el disparar no cesa
De la presta y continua batería,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
Al socorro comun apercebido,
Visto el trabado juego cuál andaba,
Y desigual en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo se arrojaba,
En medio de la priesa y gran ruido,
Embistiendo con ímpetu furioso
Todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo pues de enemigos rodeada
La galera real con gran porfía,
Y que otra de refresco bien armada
A embestirla con ímpetu venia,
Saltóle de través, boga arrancada,
Y al encuentro y defensá se oponia,
Atajando con presto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Después rabioso sin parar corriendo,
Por la áspera batalla discurría;
Entra, sale y revuelve socorriendo,
Y á tres y á cuatro á veces resistía.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que este día
En medio del furor se señalaron,
Y el mar con turca sangre acrecentaron?

Don Juan en esto airado é impaciente
La espaciosa fortuna apresuraba
Poniendo espuelas y ánimo á su gente,
Que envuelta en sangre ajena y propia andaba.
Alí Bajá no menos diligente
Con gran hervor los suyos esforzaba,
Trayéndoles contino á la memoria
El gran premio y honor de la vitoria.

Mas la real cristana aventajada
Por el grande valor de su caudillo,
A puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la turca un gran portillo,
Por do un grueso tropel de gente armada,
Sin poder los contrarios resistillo,
Entra con un rumor y furia estraña,
Gritando: ¡Cierra, cierra, España, España!

Los turcos, viendo entrada su galera,
Del temor y peligro compelidos,
Revuelven sobre sí, de tal manera,
Que fueron los cristianos rebatidos;
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes españoles ofendidos,
Venciendo el nuevo golpe de la gente,
Los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
El rostro y pié con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero estrago y bárbara matanza:
Carga socorro de uno y otro bando,
Fatigales y aqueja la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos
Que á la batida proa recurrian,
Causaban que á las veces detenidos
Los unos á los otros se impedian;
Pero de medicinas proveidos,
Luego de nuevo á combatir volvian,
Las enemigas fuerzas reprimiendo
Que iban al parecer convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
Que allí cargaba mas que en otro lado,
Viniendo á socorrer don Bernardino,
Mas que de vista de ánimo dotado,
Fué con súbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroso
Los pasos y designio valeroso.

Fué el poderoso golpe de tal suerte,
Demás de la pesada y gran caída,
Que resistir no pudo el peso fuerte
Ni la rodela á prueba guarnecida:
Al fin el joven con honrada muerte
Del todo aseguró la inquieta vida,
Envainando en España mil espadas
En contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
La famosa de Malta capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemistad y furia insana;
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audaz caballería cristiana,
La multitud pagana contrastando,
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el virey de Arjel, cosario esperto,
Que á la mira hasta entonces habia estado,
Hallando al cuerno diestro el paso abierto
Que del todo no estaba bien cerrado,
Antes que se pusiesen en concierto,
Furioso se lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres bajeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Resisten aquel ímpetu y motivo;
Pero al cabo, señor, sobrepujando
A las fuerzas el número escesivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioso
De bautizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta que miraron
Con tal rigor su capitana entrada,
Los fieros enemigos despreciaron
Con quien tenian batalla comenzada;
Y batiendo los remos se lanzaron
Con nueva rabia y priesa acelerada
Sobre la multitud de los paganos
Verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fué el sentimiento en los soldados,
Y la sed de venganza de manera,
Que embistiendo á los turcos por los lados
Entran haciendo riza carnicera;
Así que, victoriosos y vengados
Recobraron su honor y la galera
Hallando solos vivos los primeros
Al general y cuatro caballeros.

Tomo I

Marco Antonio Colona despreciando
El ímpetu enemigo y la braveza,
Combate animosísimo, igualando
Con la honrosa ambición la fortaleza.
Pues Sebastian Veniero contrastando
La turca fuerza y bárbara fiereza,
Vengaba allí con ira y rabia justa
La injuria recibida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto
También Portau bajá la combatía,
La cual ya por el uno y otro canto
Cercada de galeras la tenía:
Era el valor de los cristianos tanto
Que la ventaja desigual suplía,
No solo sustentando igual la guerra,
Pero dentro del mar ganando tierra.

Que don Juan, de la sangre de Cardona,
Ejercitando allí su viejo oficio,
Ofrece á los peligros la persona
Dando de su valor notable indicio;
Y la fiera nacion de Barcelona
Hace en los enemigos sacrificio,
Trayendo hasta los puños las espadas
Todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos ánimo y pujanza
El sabio Barbarigo combatía,
Igualando el valor á la esperanza
Que de su claro esfuerzo se tenía:
Ora oprime la turca confianza,
Ora á la misma muerte rebatía,
Haciendo suspender la flecha airada
Que ya derecho en él tenía asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado
Contrastaba la furia sarracina,
No pudo contrastar el duro hado,
O por mejor decir, orden divina:
Que ya el último término llegado,
De una furiosa flecha repentina
Fué herido en el ojo en descubierto,
Donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fué grande el daño y sentimiento
De ver tal capitán así caído,
No por eso turbó el osado intento
Del veneciano pueblo embravecido:
Antes con mas furor y encendimiento,
A la venganza lícita movido,
Hiere en los matadores de tal suerte
Que fué recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea
Bien reñida del lado y cuerno diestro,
Donde el sagaz y astuto Juan Andrea
Se mostraba muy plático maestro.
También Hector Espinola pelea
Con uno y otro á diestro y á siniestro,
Señalándose en medio de la furia
La esperta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoría,
Ni haberse la victoria declarado:
Cuando el bravo don Juan, que en saña ardia
Casi quejoso del suspenso hado,
Comenzó á mejorar sin duda alguna
Declarada del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruido
Por el valor de la cristiana espada
El furor mahomético oprimido,
Y la turca real del todo entrada:
Do el estandarte bárbaro abatido
La cruz del Redentor fué enarbolada
Con un triunfo solene y grande gloria,
Cantando abiertamente la vitoria.

Súbite un miedo helado discurriendo
Por los míseros turcos ya turbados
Les fué los brazos luego entorpeciendo,
Dejándolos sin fuerzas desmayados;
Y las espadas y ánimos rindiendo,
A su fortuna mísera entregados,
Dieron la entrada franca, como cuento,
Al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya pues del cuerno izquierdo y del derecho
De la victoria sanguinosa usando,
Con furia inexorable todo á hecho
Los van por todas partes degollando:
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
Quién se entrega á las llamas, rehusando
El agudo cuchillo riguroso,
Teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochalí viendo su gente
Por la cristiana fuerza destruida,
Y la deshecha armada totalmente
Al hierro, fuego y agua ya rendida,
La derrota tomó por el poniente
Siguiéndole con mísera huida
Las bárbaras reliquias destrozadas,
Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos, conociendo
Del traidor renegado el bajo intento,
Con gran furia el movido mar rompiendo
Carga dándole caza en seguimiento.
Iban tras ellos al través saliendo
El de Bazán y el de Oria á sotavento
Con una escuadra de galeras junta,
Procurando ganarles un punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta
La senda y ancho mar segun temia,
Vuelta la proa á la vecina costa
En tierra con gran ímpetu embestia;
Y cual se ve tal vez saltar langosta
En multitud confusa, así á porfía
Salta la gente al mar embravecido
Huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho
El gran reflujo de las olas hiende;
Cuál sin mirar al fondo y largo trecho,
No sabiendo nadar, allí lo aprende;
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
Ni el mismo padre al caro hijo atiende:
Que el miedo, de respetos enemigo,
Jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que del temor mismo forzados
En la arenosa playa pié tomaron,
Y por las peñas y árboles cerrados
A mas correr huyendo se escaparon.
Deshechos pues del todo y destrozados
Los míserables bárbaros quedaron,
Habiendo fuerza á fuerza y mano á mano
Rendido el nombre de Austria al otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
El próspero suceso prometido,
Cuando en el globo el mágico hiriendo
Con el potente junco retorcido,
Se fué el aire ofuscando y revolviendo,
Y cesó de repente el gran ruido,
Quedando en gran quietud la mar segura
Cubierta de una niebla y sombra oscura.

Luego Fiton con plática sabrosa
Me llevó por la sala paseando,
Y sin dejar figura cada cosa
Me fué parte por parte declarando.
Mas teniendo temor que os sea enojosa
La relacion prolija, ire dejando
Todo aquello aunque digno de memoria,
Que no importa ni toca á nuestra historia.

Estaba el campo apenas alojado
Cuando de entre unos árboles salia
Un bizarro araucano bien armado,
Buscando el pabellon de don García;
Y á su presencia el bárbaro llegado,
Sin muestra ni señal de cortesía,
Le comenzó á decir... Pero entre tanto
Será bien rematar mi largo canto.

Solo diré que con muy gran contento
Del mago y Guaticolo despedido,
Aunque tarde llegué á mi alojamiento,
Donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo pues la pluma á nuestro cuento,
Que en larga digresion me he divertido,
Digo que allí estuvimos dos semanas
Con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolucion nunca supimos
De nuestros enemigos cautelosos,
Ni su designio y ánimo entendimos,
Que nos tuvo suspensos y dudosos:
Lo cual considerado nos partimos
Desmintiendo los pasos peligrosos,
En su demanda entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atravesaba
De cultivadas lomas rodeado,
Y en la mas llana que á la entrada estaba,
Por ser lugar y sitio acomodado
La gente se alojó por escuadrones,
Las tiendas levantando y pabellones.

